

Arrebato

Acabo de emerger a la superficie después de varios días en estado de arrebato... por un libro. Me ha encantado este libro. Me ha encantado segundo a segundo. Me ha transportado a su mundo. Me ha hecho recordar montones de cosas de mi vida. Estaba angustiada por el destino de sus personajes. Me sentía viva, y comprometida, y muy inteligente, a reventar de ideas, rebosante de recuerdos de otros libros que me encantaron. He redactado una docena de cartas imaginarias al autor, cartas que nunca llegaré a escribir y mucho menos a enviar. He escrito cartas de elogio. He escrito cartas plagadas de información personal de todo punto impropio sobre mi experiencia con las cuestiones que trata el autor. Hasta escribí una carta de reproche por la muerte de uno de los personajes, que me dio una pena inmensa. Pero sobre todo he escrito cartas de gratitud: el estado de arre-

bato que me produce la lectura de un libro verdaderamente maravilloso es una de las principales razones por las que leo, y no me ocurre siempre, ni siquiera de vez en cuando, por eso, cuando me ocurre, me vuelvo loca.

Cuando era pequeña, casi todos los libros que leía me arrebatában. ¿Estoy idealizando mis primeras experiencias lectoras? No lo creo. Puedo nombrar tantos libros que leí y releí en la adolescencia: en especial los libros de Oz, que me obsesionaron... y muchos otros que figuraban entre mis favoritos y me fascinaron. Quise desesperadamente ser Jane Banks, vivir en Londres y tener de niñera a Mary Poppins; o Homer Price, y crecer en Centerburg con un tío que tenía una máquina de hacer donuts que nunca paraba de hacer donuts. Sara Crewe, la niña del clásico de Frances Hodgson Burnett, *La Princesita*, era mi *alter ego*: no es que lo fuera en realidad, entiéndanme; era una niña mucho más educada que yo, pero me fascinó profundamente la historia de la niña rica a la que mandan a dormir a un cuchitril y ponen a fregar los platos en el elegante internado donde había sido una alumna mimada hasta la muerte de su padre. ¡Ay, quería ser huérfana! Leí *Historia de una monja* y, ¡ay, qué ganas de ser monja! ¡Quería naufragar en una isla desierta y quedarme varada en Krakatoa! Quería ser Ozma, y Jo March, y Ana Frank, y Nancy Drew,

y Eloise, y Ana de las Tejas Verdes... y, al menos en mi imaginación, lo fui.

De pequeña leía casi siempre en la cama o en un sofá de ratán, en la terraza acristalada de la casa en la que crecí. Esto es raro: siempre que leo un libro que me encanta, me viene el recuerdo de todos los demás libros que me han arrebatado, y el recuerdo de dónde vivía, y del sofá en el que me sentaba a leer. Después de la universidad, cuando vivía en Greenwich Village, me senté en mi flamante sofá de pana ancha a leer *El cuaderno dorado*, de Doris Lessing, esa novela extraordinaria que cambió mi vida y la de muchas otras jóvenes en la década de 1960. Conservo el ejemplar en rústica que leí entonces, con las esquinas de las páginas dobladas para marcar las docenas de epifanías que encontraba y poder localizarlas fácilmente. ¿Leerá hoy alguien *El cuaderno dorado*? No lo sé, pero en aquella época, justo antes de que estallara la segunda ola del feminismo, yo estaba electrizada por Anna, la heroína de Lessing, y su lucha por ser una mujer libre. El trabajo, la amistad, el amor, el sexo, la política, el psicoanálisis, la literatura, todas las cosas que me interesaban eran los temas que abordaba Lessing, y recuerdo bien cuántas veces dejé el libro, asombrada de su genialidad y su agudeza.

Pasamos a unos años después. El sofá está cubierto con una funda de color morado y estoy leyendo por

puro placer: leo *El padrino*, de Mario Puzo, un libro divino que me arrastra en una corriente de delirio romántico. ¡Quiero ser un mafioso! No, no es del todo cierto. Vale, ¡quiero ser la mujer de un mafioso!

Al cabo de unos años, me divorcio. Nada extraño. El sofá y yo nos hemos mudado a un piso oscuro de la manzana de las Cincuenta Oeste. Es un fin de semana de verano, no tengo otra cosa que hacer y debería sentirme sola, pero no: estoy leyendo las obras completas de Raymond Chandler.

Seis años más tarde, otro divorcio. Llevo semanas incapaz de concentrarme, de estar tranquila, de leer nada de nada. La amiga que me ha acogido en su casa temporalmente me da las galeradas de *La gente de Smiley*. Me desplomo en la cama del cuarto de invitados y me rindo felizmente a John le Carré. Me encanta John le Carré, y me gusta todavía más su héroe, George Smiley, el espía con el corazón roto. Quiero que George Smiley recomponga su corazón. Quiero que se olvide de esa horrible exmujer que lo ha traicionado. Quiero que George Smiley se enamore. Quiero que George Smiley se enamore de mí. George Smiley, ahora que caigo, es justo el hombre con quien habría tenido que casarme. Tomo nota mental de escribir una carta a John le Carré y ofrecerle mi sabiduría en esta cuestión.

A todo esto, he perdido en el divorcio mi sofá mo-

rado y me compro uno nuevo, una maravilla de blandura, tapizado con un tejido agradable y cálido, con brazos reclinables y almohadones en los que te puedes hundir, dependiendo de si quieres leer sentada o tumbada. En este sofá he leído casi todos los libros de Anthony Trollope y todos los de Edith Wharton, dos autores muertos a los que ya no puedo escribir. Es una lástima. Me gustaría decirles que sus libros siguen siendo tan contemporáneos como cuando los escribieron. He leído todos los libros de Jane Austen, seis novelas de principio a fin, y he pasado días maravillosos preocupada por si la pareja de enamorados de cada uno de estos libros logrará superar los malentendidos, las objeciones, los celos, los defectos de carácter, la diferencia de clase social y todos los demás obstáculos de su amor. Leí estas novelas en un estado de intriga tan intenso que nadie se creería que las había leído ya por lo menos otras diez veces.

Y, un día, por fin, leí la novela que probablemente sea el libro más arrebatador de mi vida adulta. En una *chaise longue*, en la playa, un espléndido día de verano, abrí la obra maestra de Wilkie Collins, *La dama de blanco*, probablemente el primer gran libro de misterio de la historia de la literatura (aunque esta descripción apenas le hace justicia), y el mundo desapareció por completo para mí. Pasan los días mientras saboreo cada palabra, una a una. Cada minuto

que estoy lejos del libro, fingiendo interés por la vida cotidiana, es una tortura. ¿Cómo he esperado tanto tiempo a leer este libro? ¿Cuándo puedo seguir leyendo? A mitad de la novela, vuelvo al trabajo, a Nueva York, para acabar una película, y estoy en el estudio de montaje, incapaz de concentrarme en nada que no sea que mi personaje favorito de la novela sobreviva. No podré soportar que le pase algo malo a mi querida Marian Halcombe. De vez en cuando levanto la vista del libro y veo una sala llena de gente que espera a que les diga si la música es demasiado suave o el trueno demasiado fuerte, y me parece imposible que no entiendan que lo que estoy haciendo es Mucho Más Importante. Estoy leyendo el libro más maravilloso del mundo.

Hay algo que se conoce como la atracción de las profundidades y es lo que le ocurre al buzo cuando pasa demasiado tiempo en el fondo del mar y no sabe cómo subir. Cuando emerge a la superficie, es probable que sufra el síndrome de descompresión y su organismo no pueda adaptarse a los niveles de oxígeno de la atmósfera. A mí me ocurre cuando vuelvo a la superficie después de sumergirme en un gran libro. El libro del que acabo de volver —del que hablaba al comienzo de este artículo— se titula *Las asombrosas aventuras de Kavalier y Clay*, de Michael Chabon. Trata de dos creadores de personajes de cómic, pero

habla también de cómo los artistas crean magia y fantasía a partir de incidentes de la vida cotidiana. En un momento dado, hay una sala llena de polillas, y más adelante aparece una enorme mariposa luna posada en un arce del parque de Union Square, y todo esto se transforma en páginas posteriores en una heroína de cómic: Mariposa Luna. El momento en que la imagen pasa de lo ordinario a lo fantástico fue tan mágico que tuve que apartar el libro. Estaba deslumbrada por el juego del autor y su habilidad para hacer una cosa tan difícil de un modo aparentemente tan fácil. La novela de Chabon transcurre en el Nueva York de los años cuarenta, y aunque hace más de una semana que acabé de leerla, todavía sigo dentro de ella. Fumo Camel, y Salvador Dalí está en una fiesta, en la habitación de al lado. Al final tendré que volver a respirar el aire del Nueva York de hoy, aunque puede que no sea necesario. Encontraré otro libro que me encante y me perderé en sus páginas. Deséenme suerte.